

EL PAJORAJO.



EL HIJO DE LA ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

Luis no ignoraba que el soldan, abrumado con el peso de los años y con el de las enfermedades, tocaba ya en el término de su carrera. Esperaba, pues, que la muerte de aquel príncipe, uno de los hombres mas grandes que comandaron jamas á los musulmanes, daría márgen á revoluciones de las cuales podría sacarse algun partido. Con tal consideracion, evitando un encuentro decisivo, se mantuvo casi todo el verano solo á la defensiva; pero habiendo llegado el conde de Poitiers con muchas tropas, se resolvió al fin marchar á la conquista del gran Cairo.

Movióse el ejército, compuesto de sesenta mil combatientes, entre los cuales se contaban veinte mil de á caballo, la flor de los guerreros de Europa. Se dejó en Damieta una guarnicion considerable para seguridad de la reina, que había fijado su residencia en aquella ciudad con las princesas sus hermanas y otras muchas señoras; y la armada, siguiendo el movimiento del ejército, entró en uno de los brazos del Nilo, costeano y dan-

do convoy á aquel, que se adelantaba por entre los dos brazos de agua cuya embocadura se ve cerca de Damieta.

Ningun conquistador tomó jamás medidas mas prudentes. Las tropas de Luis, mejor armadas y mas aguerridas que las del Soldan, respiraban el entusiasmo de la religion y la gloria; los dos resortes mas á propósito para enjendrar el heroismo. Su jeneral, victorioso ya varias veces en mar y tierra, les inspiraba una confianza sin límites; pero no tardó, á pesar de todo, en hallar obstáculos que ni el arte ni el valor era dado superar. Cada marcha costaba un combate. El Tanis servia de baluarte al Egipto y los cruzados emprendieron franquear este paso, construyendo un Dique. Habian asimismo construido muchas máquinas que arrojaban sin cesar piedras enormes y flechas, con dos galerías protegidas por grandes torres, desde las cuales un considerable número de ballesteros tiraba continuamente sobre los enemigos. Facardin por su parte, recurrió al fuego griego que no se extinguía ni aun al contacto del agua. El secreto de semejante invencion se perdió despues para ventura de la humanidad; los musulmanes lo empleaban con tan buen éxito que en varias ocasiones consiguieron quemar las inmensas obras de fortificacion de los cristianos. Empezaban á saltarles ya los viveres, y estaban casi resueltos á retirarse, cuando un musulman vino á indicar al rey el vado por donde podía pasar la caba-

Hería. Luis enriqueció al traidor, y aprovechando el aviso, dejó en el campo al duque de Borgoña con una parte del ejército, poniéndose en marcha acia el vado con la otra. El conde de Artois, hermano mayor del rey, pidió se le permitiese pasar el primero; pero recelando algun exceso del valor ardiente é impetuoso del conde, se le confirió por aquel la direccion de la vanguardia, exigiendo ántes la palabra de no empeñar ataque sino cuando se estuviese en disposicion de poderlo sostener: todo lo prometió, en verdad; mas no bien hubo pasado el río, viéndose á la cabeza de dos mil caballeros, entre los que se contaban los mas valerosos Templarios y la flor de los de Inglaterra y Francia, cayó sobre un cuerpo de tropas enemigas cuyo aspecto le parecia incierto y vacilante: lo batió, lo dispersó y lo persiguió hasta el mismo campamento de Facardin. El gran maestro de los Templarios sospechó que aquella precipitada fuga podía ser hija de la astucia musulmana: trató, pues, de moderar el ardimiento del conde de Artois; y aunque sus consejos fuéron apoyados por el de Salisbury, que mandaba á los ingleses, el jóven príncipe contestó solo con insultos á las prudentes observaciones de sus jenerales. Estos, bien que hubiesen podido abandonarle, no lo hicieron; ántes por el contrario lo siguieron temblando, y habiendo llegado en desorden hasta el campo de los sarracenos sorprendieron y degollaron la guardia y forzáron el paso.

Facardin no imaginó siquiera que pudiese tener lugar un ataque tan imprevisto como brusco, y á la sazón se bañaba en el baño. Alarmado repentinamente con los gritos de sus soldados, sale casi desnudo; monta en su caballo, reúne su guardia y se presenta al enemigo; pero

acosado por todas partes, envuelto por los cristianos en todas direcciones, cayó en tierra bañado en su propia sangre con innumerables heridas. La noticia de su muerte fué para las tropas musulmanas nuncio de confusion y terror: sesenta mil hombres que esgrimian el corvo alfanje bajo la enseña de la media-luna huyéron despavoridos, lanzando en su fuga, cual tigres heridos por arpon envenenado, gritos lamentables, y la temeridad se vió coronada con éxito feliz.

Dos mil caballeros acababan de derrotar un ejército que defendía el paso á la capital del imperio: el enemigo no tenía ya ni jeneral, ni campamento, ni máquinas; señor de las dos orillas del Taxis el rey de Francia, podía esperar que solo con presentarse quedaría el gran Cairo sometido; en una palabra, la victoria hubiera sido completa y decisiva, si el conde de Artois no se hubiese precipitado. Pero no obstante la fatiga y cansancio de aquel puñado de hombres y caballos que le seguian, y á pesar de las instancias del gran maestro y de Salisbury entró en la Masura batiendo en retirada á los fujilivos musulmanes, atravesó la poblacion y no se detuvo hasta que conceptuó imposible dar alcance al grueso de los contrarios.

Volvió entónces sobre la Masura que ya estaban saqueando algunos de sus soldados, y no pensó en tomar posiciones que le asegurasen la posesion de la ciudad. Entre tanto un simple soldado, llamado Bondocdar, meditaba la salvacion del Egipto, aspirando á la gloria de proezas militares que le habian de franquear mas tarde el camino de un trono á que el valor lo llamaba. Replegó á sus compañeros: les afeó el haber huido delante de un puñado de aventureros asegurándoles no estaban sostenidos por

el ejército de los cruzados; y los musulmanes, corridos de su debilidad, pidieron á gritos se les condujese á repararla. Bondocdar los guía sin perder momento á la Masura, cuyas puertas hallan abiertas; penetra el denodado caudillo con su séquito dentro de la población: reúnenle los habitantes, y todos cargan á degüello sobre los cristianos. El conde de Artois, el de Salisbury y el gran maestro quedáron muertos; y Bondocdar enseñando á los suyos la cabeza del Príncipe les hizo creer que era la de Luis rey de Francia: el valor del conde, su dígno continente, y sobre todo su túnica sembrada de lises de oro contribuyéron á acreditar la mentira.

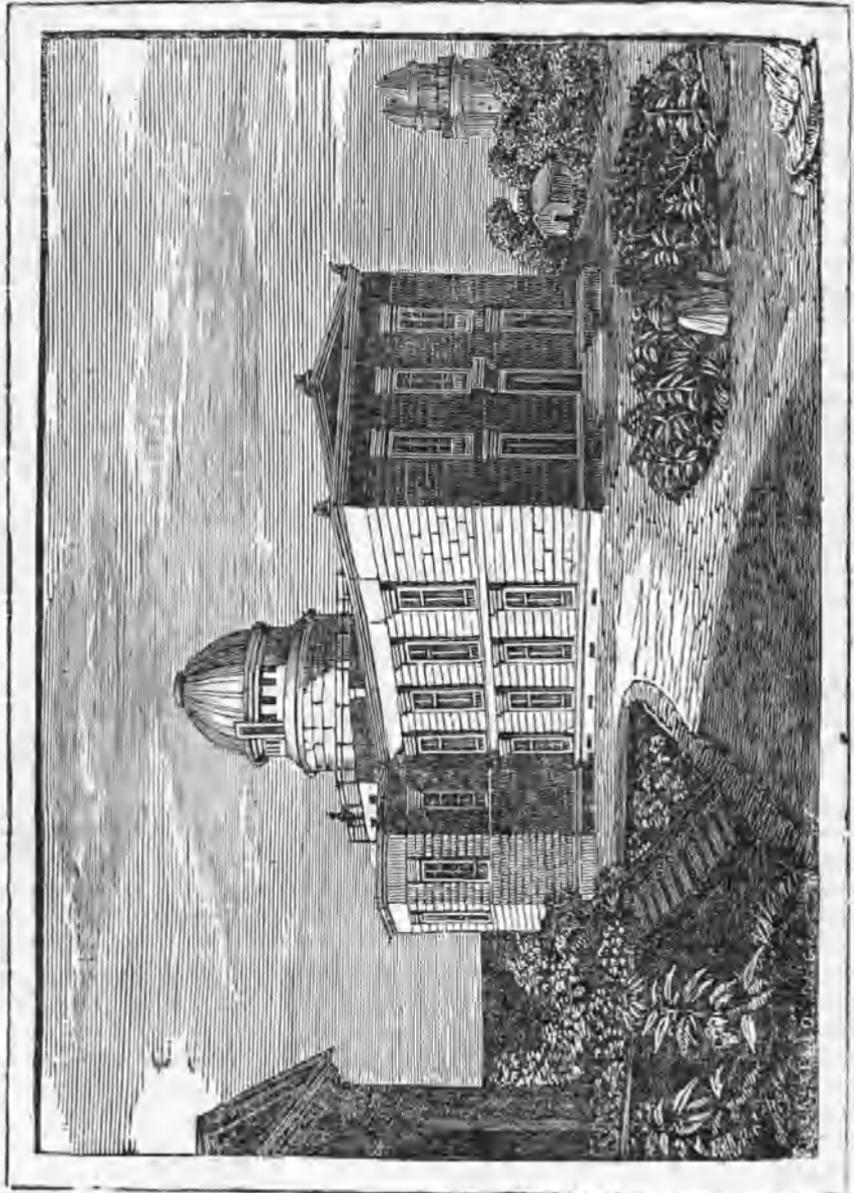
Al declararse la victoria por los musulmanes acababa el rey de pasar el Tanis con el cuerpo de batalla, y ya en la orilla opuesta supo la temeridad, el éxito, el revés de su hermano y el peligro que le amenazaba. Destacó, pues, al conde de Beaujeu con los mejores caballeros, y él mismo les siguió en breve á marcha forzada. Bien pronto encontró el condestable á Bondocdar, que después de haber hecho pedazos casi toda la vanguardia de los cruzados perseguía con mucho orden sus desgraciados restos. Precipitose Beaujeu sobre los musulmanes, uniósele poco después el monarca y se empeñó uno de los mas sangrientos combates de que las páginas de la historia de las cruzadas nos conservan memoria. Batiéronse por ambas partes con encarnizada furor; pero Luis, ménos poderoso en fuerzas militares que Bondocdar, trató de aproximarse otra vez al Tanis para aprovechar el refuerzo del duque de Borgoña. El sarraceno sacó partido de aquel movimiento; cargó sobre los cruzados, rompió sus escuadrones y arrojó un sin número de soldados cristianos al río.

Luis hacía entre tanto prodigios de valor. Siempre infatigable reunía á los que se dispersaban, estimulándoles mas que con sus palabras con su ejemplo; y cercado últimamente por seis sarracenos que á toda costa trataban de apoderarse de su real persona los mató, logrando después de esfuerzos tan increíbles como inimitables rechazar al enemigo que marchó por fin en retirada.

Ordenó inmediatamente el monarca la construcción de un puente para comunicarse con la parte de su ejército acampado á la orilla opuesta, y los soldados trabajáron con tanto celo que en pocos dias estuvo la obra terminada. Bondocdar, empero, no dejaba respirar ni un instante á los cristianos, y volvió á embestir con un asalto jeneral el campo del rey: se peleó por los dos ejércitos con denodado tesón, y con la resolución de vencer ó morir, llevándose Luis tambien esta vez la palma del valor entre todos los caballeros cruzados, y poniendo en fuga por resultado de sus proezas á los musulmanes; pero esta victoria le costó muy cara. Reducidos sus soldados al número de treinta y cinco mil: muertos casi todos los caballos, no podía reparar sus pérdidas: los sarracenos, por el contrario, no obstante haber sacrificado doble gente recibían todos los dias de las diferentes provincias del imperio nuevos auxilios, entre los cuales fue muy poderoso el de Almohadañ, que vino de las orillas del Eufrates sobre las del Nilo con un ejército.

(Continuará.)





NUOVO OSSERVATORIO DI BERLINO.

El nuevo observatorio

25

BERLIN.

En el intervalo de los años 1700 á 1711 se erigió en Berlin un observatorio, en que hay actualmente un telégrafo. Pero aquel edificio, destinado á facilitar á los miembros de la academia de las ciencias los medios de apreciar los fenómenos astronómicos con mas exactitud que en sus casas particulares, no estaba en armonía con las últimas exigencias de la facultad. La Prusia posee ya en este género un establecimiento de primer orden: el de Koenigsberg. Por tanto, se hubiera pasado mucho tiempo ántes de tratar de la construcción de otro, si una circunstancia casual no hubiese venido á justificar la influencia que un genio superior puede ejercer en el siglo en que vive. El director del nuevo observatorio, M. Encke ha escrito lo siguiente: « Humboldt, después de una ausencia de muchos años, » señaló en 1828 su regreso á su país na- » tal con una serie de lecciones sobre las » relaciones físicas de la tierra considera- » das de la manera mas jeneral: probó » en ellas la profundidad de los muchos » conocimientos, que tal vez nadie posee » sino él, y desplegó una elegancia en la » elocucion muy rara hoy en los cursos » públicos de Alemania. »

El entusiasmo que aquellas lecciones produjeron fué muy grande, y como el ilustre viajero mostraba predileccion marcada por la astronomía, que le había sido tan útil en todos sus descubrimientos geográficos, en breve se difundió en-

tre sus oyentes la afición á aquella ciencia sublime. Estos hicieron sacrificios para comprar instrumentos. La carta mas completa de la luna, conocida con los nombres de Beer y Moedler, fué dispuesta en el observatorio particular de M. Beer, hermano del célebre maestro de música Mayer-Beer. El deseo, en fin, de poseer instrumentos de un poder aumentativo considerable se jeneralizó, y M. Humboldt pudo obtener del gobierno que se comprase un grande antejo de Fraunhofer, de treinta mil francos de valor, y asimismo un gran círculo meridiano; consiguiendo por último se construyese el edificio cuya vista ofrecemos á nuestros lectores.

La planta es una cruz latina, cuyos cortos brazos están ochavados, para presentar cinco planos en lugar de tres. En el centro en que se reúnen los dos brazos se levanta una torre cilíndrica, con cúpula piratoria de hierro colado. La fuerza de un niño, aplicada á un buen sistema mecánico, basta para hacer mover la cúpula, á voluntad del observador. En el centro de ella está colocado el antejo de Fraunhofer sobre un enorme machon prismático, que arranca sin interrupcion desde los cimientos, elevándose hasta el tercer piso, y convenientemente separado de las paredes.



ESTUDIOS HISTORICOS

1833

antigüedades de Madrid.

Si Madrid es la *Mantua carpentanorum* de los romanos.



Algunos historiadores lo aseguran, yo lo niego. En mi opinión *Mantua* y *Madrid* nada tienen de común. Procuraré probarlo.

Entre los autores mas dignos de crédito opinan como yo Luis Nuñez, Ambrosio de Morales, el P. M. Fr. Enrique Florez, Pedro Esquivel, don Juan Antonio Pellicer y otros. Entre los ménos dignos de crédito el P. Roman de la Higuera en sus finjidos Dextro y Juliano.

Es verdad, sin embargo, que si se hubiera de dar asenso al mayor número de escritores y no á los mas juiciosos, aunque no sean tantos, quedaría la victoria por los que sostienen que Madrid es ó fué la Mantua de los carpentanos; pues son innumerables los que copiándose simultáneamente han pretendido acreditar esta equivocacion.

Sus antagonistas, que tampoco escasearon así en España como fuera de ella, diéron bien que hacer á los anticuarios furibundos, como se deduce de parte del contenido de un capítulo de la *Historia de nuestra señora de la Almudena*.

Su autor don Juan de Vera Tasis y Villaroel, secretario y coronista de la real esclavitud de aquella milagrosa imagen, y censor de las comedias, la imprimió en Madrid en 1692, y la dedicó al rey Carlos II.

Este historiador, partidario acérrimo de la opinion contraria, escribe, entre otras cosas que á ella pertenecen, lo siguiente.

CAPITULO IX.

«Fué Madrid la antigua Mantua, y cabeza de los pueblos carpentanos...»

«Sin los robustos fundamentos que nos ofrecen los antiguos y modernos historiadores, no nos atreviéramos á proponer, á vista de tantos émulos, no solo extranjeros sino naturales, que hacen estudio de la ociosa impugacion, como Madrid fué la antigua Mantua, celebrada por griegos y romanos, de quienes procedió el nombre con el aplauso hasta nuestra edad. Esfuerzan esta asentada proposición muchos autores gravísimos, de los cuales pueden rejis- trarse algunos en los lugares que señalamos al márjen de este capítulo; pues, sin afianzarnos sobre la venerable opinion suya, derribáramos la fábrica con- ta de él, y saliéran improbables las consecuencias de los subsecuentes...»

Antes de pasar adelante será bien que observemos que este crédulo autor, al principio de la mencionada obra, da razon de los muy acreditados escritores con quienes se autorizara; y entre ellos profesa grande veneracion á Dextro; sus continuadores Máximo y Luitprando; Auberto Hispalense, cuyas obras *trajo de la biblioteca de san German de Paris* don Antonio Lupian Zapata, y que *estaban escritas en lengua longobarda*; y al arcipreste Juliano. Todos, segun él, sujetos de grande ilustracion, lo que tampoco negaré yo, pues lo pudieron ser en efecto.

Veamos ahora los señalados al már-

gen en esta parte de su obra, y hallaremos un escuadrón desplegado en batalla, con el cual desafia nuestro autor á todos los que hacen estudio de la *ociosa impugnación*. Veinte y tres son los que cita, y aun se quedó corto para lo que acostumbra; porque es tal en este buen coronista la manía de citar, que cada página de su obra se vé atajada por el primer tercio á lo largo, ocupando el texto los otros dos algo escasos, y colocadas en aquel un diluvio de autoridades, lo mismo relativamente á puntos de interés, que cuando se trata de la cosa mas sabida ó trivial.

Entre todos los veinte y tres son los principales, por mas conocidos, Ptolomeo, á quien han hecho decir sus varios editores y copiantes lo que nunca pensó: el maestro Gil Gonzalez, que para probar haber sido Madrid la Mantua romana echó mano del convincentísimo argumento de haberse hallado aquí una piedra escrita que *trajeron de Mérida*; el licenciado Gerónimo de Quintana, historiador madrileño, tan furiosamente apasionado como demuestra su obra: el maestro Juan Lopez de Hoyos, muy amigo de lo maravilloso, y partidario de la conciencia de los *dragones y serpientes*: el canónigo Tarrafa, inocente asaz: Alonso Nuñez de Castro, que entre todas las figuras retóricas no conoció mas que la hipérbole, como es de ver por su libro que intituló *Solo Madrid es corte*; Rodrigo Méndez de Silva, que en su Catálogo real de España y poblacion general de la misma deliró en genealogía y cronología fabulosamente: Lope de Vega, divino como poeta, y cuya autoridad no es del caso, porque se refiere á un poema, y en este tiene la fábula imprescriptible dominio: Julio Cesar en sus *Comentarios*; y Ambrasio de Morales en sus *Antigüedades*

de España. Dejó para mas adelante hacer sobre estos dos autores las observaciones oportunas.

Aquellos para quienes la verdad histórica sea cosa digna de alguna atención, pueden recurrir al exámen de las autoridades á cuya sombra se defiende tan errada opinion; y es bien seguro que, entre tantos, no se hallará uno siquiera que presente pruebas para establecer creencia fundada. Repitiendo hoy lo que otro habia dicho ayer, ha llegado á multiplicarse insensiblemente el número de los libros en que se controvierte ó desde luego se afirma este hecho falso; y todos ellos juntos no nos probarán, cuando mas, sino que ha habido una poblacion en la Carpentania, que tuvo por nombre Mantua; de ningun modo que esta Mantua sea Madrid.

Alegan á su favor, por primer testimonio, las tablas de Ptolomeo, cuyos números en sentir de hombres doctos no corresponden á la situacion de Madrid, ni aun á la del pueblo, *existente hoy*, y creido con mejor fundamento la Mantua de los carpentanos; y dicen que pues en aquella se ve Mantua con las indicaciones *Viserta olim y Madrid*, Mantua y Madrid son una misma cosa.

Recurren despues á lo que ellos llaman monumentos griegos, y por tales tienen la antigua puerta de la Vega, el arco que hubo junto á santa Maria, y la serpiente ó dragon colocado en la que se dijo Puerta Cerrada, Puerta del Dragon y Puerta de la Culebra.

El maestro Juan Lopez de Hoyos escribe que en 1569 *caerán á tierra*, para ensanchar la Puerta cerrada, un espantable y fiero dragon que los griegos traían por armas, y lo usaron en sus banderas, y que esta es una de las antigüedades que declaran *evidentemente* la nobleza y

fundacion antigua de Madrid; añadiendo que Epaminondas, emperador griego, tuvo en sus banderas un dragon, y que *de aqui se infiere* haber sido edificados los muros de Madrid por aquellas jentes, pues en ellos se hallan sus armas y memoria.

Este modo de racionar es maravilloso, y dispensa de escribir en contra.

Echan mano en seguida de las inscripciones romanas, es decir, del tiempo de los romanos, halladas en Madrid y sus cercanias; y pretenden reforzar sus argumentos con otras inscripciones de sepulcros erijidos en Madrid cuando ya pertenecía esta villa á nuestros antiguos reyes. Dican que la conformidad de diferentes generaciones en diferentes siglos al usar las palabras *Mantua* y *mantuanus* para significar Madrid ó madrifeño, es prueba incontestable de la creencia en que estaban, y que la universalidad de esta creencia no puede reconocer otro origen que el de una tradicion fiel de la verdad.

Y concluyen que *en el empeño mayor* de las reales y magnificas fiestas de Madrid, se han erijido famosos arcos de triunfo para el recibimiento de varias católicas reinas, en los cuales fueron colocados el príncipe Ocno-Bisnor y la reina Mantu su madre: cosa que prueba bien á las claras que Madrid debe su nombre á la última, y sus principios al primero, porque es imposible que tantos sujetos de instruccion como tuvieron parte en tales festejos, ya en clase de directores, ya en la de ejecutores de aquellos ornatos pudiesen equivocarse ni estar de acuerdo para fomentar la voga de una fábula en detrimento de la verdad. Hasta aquí nuestros argumentantes.

Las tablas de Ptolomeo padecieron mucho en razon del descuido de los co-

piantes, y no poco de resultas de las licencias que se han ido tomando sus editores. Por la incuria se alteró en varios lugares la numeracion, y con la osadía se dió pábulo á nuevas disputas sobre las muchas que las inexactitudes de las copias pudieron producir. De lo primero resultó que dos ó tres ó mas pueblos, indudablemente antiquísimos, y no solo antiquísimos sino llamados, indudablemente tambien, en la antigüedad con los mismos nombres que les adjudica Ptolomeo, existentes hoy en el mismo sitio que siempre ocuparon, y distantes entre sí, por ejemplo, dos leguas, se hallan en las Tablas con una numeracion á la cual corresponden dobles, triples, ó cuádruples distancias; cosa imposible de toda imposibilidad, como observa muy bien Ambrosio de Morales. La osadía, de parte de los que, sin ser Ptolomeo, quisieron hablar en nombre de aquel jeógrafo, suministra medios de defensa á nuestros contrarios que se escudan con las palabras *Fiseria* y *Madrid* en que no pensó Ptolomeo, ni era posible que pensase, introducidas por sus intérpretes y anotadores. La antigua edicion de estas Tablas, hecha en el año de 1475, que se conserva en la biblioteca real, no hace mencion de *Madrid* ni de *Fiseria*, sino sólo de *Mantua*. La de Nuremberg, de 1524, dispuesta segun la interpretacion de Bilibaldo Pirckeymbero, con notas de Juan de Regiomonte, concuerda con la de 1475. Las de Leon, de 1535 y 1541, arregladas á la interpretacion del mismo Bilibaldo, pero adicionadas y revistas primera y segunda vez por Miguel Villanovano, traen ya despues de *Mantua* las indicaciones de *Fiseria* y *Madrid*, y estas mismas se leen en la de Francfort, de 1605. ¿Á qué ediciones deberémos atenernos? Yo creo que á la

de 1524 por concordar con la de 1475; y á esta, por ser la mas antigua que conocemos. Aquí es la antigüedad cosa de mas valia, por varias razones, á saber: la mayor proximidad de las épocas en que sucede una cosa y en que se cuenta la cosa sucedida; el grado de pureza, mas alto sin duda, en que puede encontrarse la circunstanciada verdad de un hecho, cuando aun no había parecido la turba de escritores ó líferos ó apasionados, que con los delirios de su imaginacion administráron especies galanas á los comentadores y anotadores de Ptolomeo, entre los cuales hubo algunos prudentes y timoratos, y algunos que no quisieron serlo; con otras que omito en beneficio de la brevedad. (Se continuará.)

AZCONA.



LA RITA, LA JUANA Y PACO.

ROMANCE.

Corta y esbelta manola,
Bastarda nieta del Cid
En la familia española,
Discurre de noche y sola
Por las calles de Madrid.

No teme á la obscuridad:
Reta al ábrego furioso;
Que abriga una tempestad,
Qual piélagos proceloso,
El pecho de esta deidad.

Jentil moza, que de un teruo

Aturde á cualquier mortal;
Y que, dentro de un portal,
Presentará al mismo infierno
Una batalla campal.

Va su mantilla flotante
Sobre ancha y carnosa espalda:
Ciñen su talle elegante,
En voluminosa falda,
Quince varas de elefante.

De seda indiano pañuelo
Flamea en su izquierda mano;
Y de entretejido pelo
Levanta audaz hasta el cielo
Rodete casi romano.

Un abreviado escarpin
El pié versátil aprieta;
Y en calado calcetín
Galga tirante sujeta
La pierna de un serafin.

Es un joyel de Golconda:
Morena, cari-redonda,
Con purpurino matiz
Y arremangada nariz,
Tiene ojos... de trapisonda.

Anda en columpio, y cerniendo;
Y si en su camino topa
Algun pobrete comiendo,
El aire que va moviendo
La deja helada la sopa.

Sale de noche á buscar
Labor para el otro día;
Mas si encuentra compañía,
La acepta, sin murmurar,
Solo por cortesanía.

Cerca, pues, de la Fontana
Halló á su aquel, que charlando
Estaba allí con la Juana;
Querida de contrabando
Desde anteayer, de mañanas.

Párase; y, como prudente,
Ruido y escándalo evita,
Porque pasa mucha jente;
Que ha sido siempre la Rita
Sufrida al par que valiente.

Mas de allí á poco se aleja ,
Sin cortar conversacion ,
La improvisada pareja
Parando junto á una reja
En estrecho callejon.

Frisa él en los diez y nueve ;
Y fuera su árabe cara
Como el ampo de la nieve ,
Si no se la abigarrará
El mucho vino que bebe.

Parecía su chaqueta ,
Raida y desengañada ,
Vida de vieja alcabueta :
Desde el cristus á la zeta
Embuste , lepra , pillada.

Otra mitad del varon
Recata al público ver
Ralo , endeble pantalon ,
Que emblema pudiera ser
de la casa de Jiron,

Obstenta en su negra mano
Tremebunda cachiporra ;
Que en invierno y en verano ,
U no hay en Madrid camorra ,
Ó abre ella el templo de Jano.

Medio sable por navaja
Que un roble de un tajo raja ,
(Prenda precisa en tal porte)
Esconde muelle y resorte
En los pliegues de la faja.

Corona el todo un sombrero
Ancho , de forma de embudo ,
Guarnicion de cordonero ;
Caído á un lado , á lo crudo ,
Que está diciendo : salero !

En la profesion de pillo
Es apreciado oficial ,
Y administra en el Barquillo
Encubierto baratillo
De procedencia ilegal.

Pasado el farol primero ,
Como en balcon ni en ventana ,
Ni en ningun otro agujero
Viese jente , dió á la Juana

Un abrazo callejero.

Pero el Tarquino segundo ,
En el éxtasis profundo
De aquel momento feliz
Tuvo un testigo en el mundo
Que execraba su deslíz.

No mas furioso el Leon ,
Si llega á sentirse herido
Por el acerado arpon ,
Con espantoso ruido
Anuncia su indignacion !

Ni violenta catarata ,
Quebrando escarpada loma ,
Con mas fuerza se desata ,
Y á los llanos se desploma ,
Y vierte á torrentes plata !

Volcanizada la Rita ,
Un *parrastrao* ! lanzó
Desde la calle de Hita ,
Que al minuto retumbó
De san Isidro en la hermita.

Alza el brazo temeron ,
Duro cual macizo bronce ,
Y le apunta un bofeton
Que recibido á las once
Pida á las doce la uncion !

En efecto. Avalanzada
Con brusco rápido brinco
Le asentó la bofetada ,
Cruzándole con los cinco
La faz malaventurada.

Poder de manos doncellas !
Al descargar el *zas zis*
Marca las cinco huellas ,
Contó Paco mas estrellas
Que tontos tiene París.

Buenas noches , pan perdido ,
Le dice á Paco la Rita :
Peal , desagradecio ,
No te falta pa judio
Mas que melena y livito !

No nos prevoques , mujer ,
Contesta á la Rita Paco :
Ni demos aquí á entender

*Que me has llegao á cojer
El pan debajo el sobaco !=
El pan y el alma, ladron !
Y á esa perra, mala traza,
La sacaré el corazon,
Que no me voy sin mostaza
Al barrio de san Anton !*

*Bien se luce mi trabajo !
Cuando de dia y de noche,
Porque el señor ande majo,
Pudiendo yo arrastrar coche,
Estoi cosiendo á destajo.*

*Como ha tanto no me vías
Mi cuidiao ya era sério,
Pensaba yo si estarias
Ocupao en estos dias
En eso del menisterio !*

*La hasta aqui callada Juana,
Prenda de otro insigne tuno,
Es una moza mediana
Que con desenfado hombruno
Tiene lengua asaz profana.*

*Dos veces á la galera
La llevó su ejemplar vida
Que en dos tomos no cupiera;
Y está tan arrepentida
Que va á volver la tercera.*

*Al oír, de Rita en boca,
Tanta infame atrocidad,
Le dijo: *chica en verdad*
Que sino te has vuelto loca,
Tienes otra enfermedad !*

*Y debe ser sarampion;
Pero yo te curaré,
Que para esa irritacion
Es un remedio de fe
Una mano de jabon !=
Anda juera, baladrona !*

*La contesta Rita, en jarras:
Es usté poca presona,
Y tiene usté pocas garras
Pa mi, señora leona.*

*Y sepa usté, criatura,
Que es de la Rita este neúe,*

*Que por su mala ventura
Cuando mejor cama tiene
Se revuelca en la basura !*

*Aqui las dos amazonas,
Mantillas á las espaldas,
Se apellidáron ladronas;
Y, en defecto de tizonas,
Echáron mano... á las faldas.*

*Da en tierra con su heroismo
Juana; Rita la asegura,
Y dice: *perra ! Aqui mismo,*
Ya que tienes calentura,
Te pondré yo un sinapismo.*

*Y, sin respeto al rubor
De la tendida Marcolfa,
Ejecutó en *La menor,*
Con rosiniano primor,
Doscientos puntos de solfa.*

*De Paco el alma se abate,
Mirando escena tan tierna;
Y á la mitad del combate
Refujiado en la taberna
Despacha un *chocolate*.*

*Rayo de luz celestial
Entónces les ilumina,
Pues, con decision igual,
Dándose mano en señal
De no haber mas tremolina;*

*Y alzando solemnemente
Rita luego la derecha,
Mientras á Juana doliente
Con el brazo izquierdo estrecha,
Dice con tono elocuente:*

*Adios, *corrompida corte,*
De pillos capa y asiento,
Que nos vamos al momento
A las provincias del norte...
A dar fin de un rejimiento !!*

AZCONA.



RECUERDOS

III

la guerra de América.

1817 — 1818.

LOS CAPUCHINOS.



El ejército colombiano acababa de establecer su campamento en la orilla izquierda de la Magdalena. Había reinado todo el día un calor insostenible, pero al caer el sol se iba levantando el aire fresco de las noches del trópico. Un hombre en todo el vigor de la edad se hallaba sentado bajo la espesa sombra de un bosquecillo de bananos; un ancho ropaje de muselina blanca le envolvía entre sus pliegues, y un gorro azul adornado de una bellota de oro resguardaba su cabeza de la humedad de la noche. El meditabundo caballero fumaba uno y otro cigarro y daba de tiempo en tiempo muestras de impaciencia exclamando: «Ob! malditos capuchinos! cien veces malditos!»

Este hombre era Bolívar, el libertador de Colombia; «Pero por qué maldecís á esos pobres capuchinos, le dije yo, admirado de la alteración de su voz, siendo vos tan tolerante y tan cristiano? — Ob! exclamó sonriendo, no me comprendéis, Mayor; no se trata de esos pobres religiosos que ruegan á Dios por nosotros; sino de otros que llevan también tan luengas barbas, de los venerables zapadores españoles que son el terror de mis zambos. Ya habéis visto

«huir hace dos días á nuestros soldados; pues lo hicieron aterrados del aspecto de esos hombres barbudos que ellos creen sagrados personajes. Os reis, señor frances; sin embargo, es mas serio de lo que pensáis; porque acaso jamas conseguiremos la victoria hasta que los zapadores españoles sean reconocidos por mis soldados como verdaderos zapadores: buscadme, Mayor, una buena alma que se encargue de traerme alguno de ellos vivo y entónces podré romper el prisma, convencer á mis supersticiosos soldados y rescatar las pérdidas que hemos sufrido.»

El deseo de Bolívar se anunció al estado mayor; todo se volvía cavilar medios para atrapar un zapador: parecia una tropa de cazadores imaginando recursos para apoderarse de un animal desconfiado y astuto. Sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, el valiente Paez, el gallardo Montilla, Bermudez, Sarasa, Monagas, Plaza no pudieron conseguir su objeto: el lauro de esta empresa estaba reservado á un simple soldado.

Este hombre, que había sido marinero era un borracho insaciable. A pesar de la expresa prohibición de comunicarse con el campo enemigo, iba todas las mañanas ántes de amanecer á beber á los puestos avanzados de los españoles. Cuando supo que Bolívar deseaba tener un zapador español, se propuso traerle uno de los mas barbudos y mas gallardos. Una mañana en que segun su loable costumbre se hallaba en la cantina de la vanguardia española, convidó á beber á un robusto zapador que había hecho con Wellington la campaña contra el mariscal Soult. El español se puso á contar sus hazañas, y cada triunfo iba acompañado de una libación; por último la narración de la batalla de Tolosa acabó

de trastornar su pobre cabeza. El amigo de Wellington se hallaba tan completamente borracho que siguió como un cordero al soldado de Bolívar; el cual, enajenado de gozo, presentó á su general el barbudo, que estaba avergonzado de tanto honor y que fué acogido por el estado mayor colombiano con un grito de alegría. Aquí, Montilla, un zapador! Moragas, un zapador! En seguida empezaron á tocar las músicas y á volar las órdenes para que el ejército se dispusiese á una gran revista. El tumulto, la gritería, las voces de los oficiales para alinear sus soldados fuéron seguidos de un profundo silencio interrumpido solamente por el ruido de las armas. Bolívar acababa de presentarse.

A la voz del libertador, el ejército colombiano abrió sus filas; el zapador, de gran gala, escoltado por su amigo, fué paseado al frente de todos los cuerpos y de todas las filas. De tiempo en tiempo un oficial le dirijía esta pregunta: Eres capuchino? — No por cierto, respondía con voz dolorida, no soy mas que un pobre soldado como vos.

Después de esta procesion el ejército colombiano marchó al combate. Fué un día horrible para los zapadores. Todos los colombianos anhelaban vengarse de su supersticion, y trataron á los barbudos como se trata á los ídolos derribados.

Los *Sanchas*, aquellos terribles y admirables guerreros de Buenos-Aires que con sus largos cordones de cuero, armados de un plomo, engancharon á larga distancia á un caballo desbocado, atacan con furor á los desgraciados zapadores, los arrastran sobre la llanura, sobre las yerbas y las malezas. Pobres zapadores! por la noche ni uno solo existía en el ejército español.

En cuento al desluchado, causa inno-

cente del asesinato de sus hermanos en barba, se le halló muerto de una puñalada en el campo colombiano, aunque no pudo averiguarse si se había él suicidado. Sin embargo, el ejército en cumplimiento de las órdenes del libertador rindió los honores fúnebres al veterano zapador, Fernando Perez.

FERNANDO III.

EL SANTO.

Fué hijo de don Alonso el noveno, rey de Leon, y de doña Berenguela, infanta y después reina de Castilla. Sus abuelos paternos don Fernando el primero de Leon, y doña Urraca, hija del rey don Alonso de Portugal. Los maternos don Alonso el noble y doña Leonor, hija de Enrique de Inglaterra. No se sabe donde, ni en que día nació. Aclamado rey en Nájera (bajo de un olmo) reinó treinta y cinco años en Castilla, y veinte en Leon. Falleció en Sevilla, en juéves 30 de mayo, año de 1252. La mas comun opinion le da sesenta y tres de vida.

Este gran monarca modelo de príncipes, tuvo gran fortuna en todas sus empresas, habiendo aumentado considerablemente sus dominios con repetidas victorias, en particular contra los musulmanes. Era, mas que rey, padre de sus pueblos. Amigo y especial favorecedor de las jentes de armas que le sirvieron bien, honró y veneró á los hombres de letras.

Sabida su muerte, hicieron los ha-



VERDADERO RETRATO DEL REY SAN FERNANDO.

hitantes de Sevilla extremos de dolor. Dos dias despues de haber fallecido fué depositado en su capilla real de aquella santa iglesia en un sepulcro de alabastro. Su epitafio, escrito en latin, griego, hebreo y castellano, con letras de oro, dice así: *Aquí yace el muy honrado Fernando, señor de Castilla y de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia é de Jaen; el que conquistó toda España. El mas leal, el mas verdadero, é el mas franco, é el mas esforzado, é el mas ápuesto, é el mas granado, é el mas sofrido, é el mas humilde: el que mas temía á Dios, é el que le hacía*

servicio, é el que quebrantó y destruyó á todos sus enemigos, é el que alzó y honró á todos sus amigos é conquistó la ciudad de Sevilla que es cabeza de toda España. E paso hi en el postrimero dia de mayo, en la era de mil ducientos é noventa años.

Por Breve expedido en 4 de febrero de 1671 fué beatificado por Clemente X, dedicándole misa y rezo particular; y por otro Breve de 7 de setiembre de 1672 le canonizó, señalando para su fiesta en todos los dominios de España el dia 3o de mayo.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPE. Se disponen para su pronta representacion los dramas titulados *Pablo el marino* y *Diana de Chiory*.

CRUZ. La ópera nueva titulada *Gabriella di Vergy*, del jóven español don Manuel Ducassi, ha logrado aceptacion extraordinaria. Su autor fué llamado al escenario, concluida la representacion, y saludado en él con estrepitosos aplausos.

Esta sociedad prepara una gran funcion en que se oirán piezas escójidas de excelentes óperas, y entre aquellas todo el acto segundo de Guillelmo Tell.

ANUNCIO.

El Entreacto, periódico de teatros, literatura y artes, se publica en esta capital juéves y domingos; á las ocho de la mañana; da mensualmente una litografia ó un grabado análogo á su objeto, y con uno de los primeros números de cada mes distribuye, sin aumento en el precio de suscripcion, una produccion dramática, nueva, en tres actos lo menos. Se suscribe á ocho reales mensuales y veinte por trimestre. Para Madrid, para las provincias y el extranjero veinte y ocho reales franco de porte. Puntos de suscripcion: calle de la Montera, núm. 14, en el despacho del periódico; calle de Carretas, frente á la imprenta nacional, librería de Ríos; calle Mayor frente á las Covachuelas, librería de Hermoso; Puerta del Sol, gabinete de lectura de Monier.—Provincias:— en las librerías principales.

MUSEO DE ANTICUIDADES.

AGRARIA (Ley.) Dijose así de la palabra *ager*, campo, porque tenía por objeto la distribución de los terrenos conquistados al enemigo. Casio la propuso en el año de Roma 268.

AGRAULIAS. Fiestas sangrientas en que se sacrificaban víctimas humanas á Agraulia, hija de Ceceope.

AGRIONIAS. Fiestas nocturnas celebradas por las mujeres griegas en honor de Baco. Su ritual prescribía dar principio á ellas corriendo en todas direcciones para buscarlo, como si se les hubiese escapado de entre las manos, y no dejaban de correr sino diciéndose unas á otras que era inútil molestarse mas, porque las Musas lo habían escondido. En seguida se ensaba delgada y espléndidamente, concluyendo el banquete con proponer y descifrar acertijos. Coronadas de yedra, y abusando de la libertad, terminaban á veces entregándose á los excesos de la licencia.

ABORES. Dábase este nombre á los que morían en temprana edad, creyendo que eran detenidos á las puertas del infierno por no haber vivido el tiempo que debían vivir. Imagináronse los paganos que los Ahores y los Botoniatas, es decir, los que habían dejado de existir por causa de muerte violenta, no entraban en aquellas mansiones hasta después de transcurrido el tiempo que hubieran podido vivir.

ALAPISTAS. Especie de farsantes que para hacer reír á sus espectadores se decían despropósitos y se daban de bofetadas.

ALBO-GALERO. Tiara que solo el *Flamen Dialis*, sacerdote de Júpiter, tenía derecho de llevar. Debía estar hecha de la piel de un animal blanco sacrificado á aquel Dios; y coronado por un ramo de olivo.

ALICA. Bebida ardiente que causaba casi la embriaguez.

ALICULA. Clámide ligera, así llamada de *ala*, por ser flotantes sus extremidades. Dábase la *alicula* á los niños, cuyo vestido era en totalidad sumamente ligero.

ALIENSE (Dia.) En él quedaron vencidos los romanos por los Galos cerca del río *Allia*: por tanto fué marcado en las Efemérides como uno de los días funestos, en los cuales no se emprendía nada de importancia.

ALOCUCION. Arenga que un emperador romano dirigía al ejército. Hacían tanto aprecio los emperadores de su talento para las arengas, que se acuñaban medallas en memoria de ciertas alocuciones solemnes.

ALTAR. Tenían los paganos altares diferentes clases. Los de los dioses infernales estaban enteramente empotrados en tierra, y no se descubrían sino durante el rito. Los de los dioses terrestres á flor de tierra. Los de las divinidades del cielo eran de mas ó menos elevacion, y se diferenciaban mucho entre sí en la materia y en la forma. Los había de tierra y césped, de ceniza, de tierra amasada con sangre, algunos de piedra, y otros de madera, la mayor parte circulares, y varios elípticos ó cuadrados. Colocabántos en las montañas y sitios elevados, para hacer mas difícil la profanacion. Aunque se confundían á veces las palabras *ara* y *altar*, no significaban lo mismo. En el *altar* se inmolaban las víctimas, en el *ara* se hacían plegarias y libaciones.

AMBAR. Eschiles y Herodoto son los autores mas antiguos que hablan del ámbar. Los romanos hacían de él joyas y adornos de todos géneros. En el tiempo de Plinio abundaba tanto en las inmediaciones del Pó, que hasta las aldeanas llevaban collares de ámbar, no solo como objetos de adorno sino como preservativos ó remedios para los males de garganta.

(Continuará.)

INDICE DE ESTE NÚMERO. El hijo de la española: (Continuacion.)—El nuevo observatorio de Berlin.—Estudios históricos sobre antigüedades de Madrid.—La Rita, la Juana y Paeo: Romance.—Recuerdos de la guerra de América: 1817—1818: los capuchinos.—Fernando III el santo.—Revista de teatros.—Anuncio.

Suscripcion: 4 rs. al mes, para Madrid;
y 6 rs. para las provincias.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE I. SANCHA.